

Taller de periodismo  
coordinado por Máximo Simpson



## CRONICA

### LAS MUJERES RECLAMAN LA NOCHE

*por María Eugenia García*

“¿Qué queremos?  
¡Calles seguras!  
¿Cuándo las queremos?  
¡Ahora!”

El estribillo recorrió las principales avenidas de Boston, compendio, dicen, de tradiciones, cultura y refinamiento en los Estados Unidos. Organizada por feministas, esta “Cuarta Marcha Anual para Reclamar la Noche” reunió una tarde de agosto —puños en alto y voces enronquecidas— a varios cientos de mujeres que solicitábamos seguridad en la vía pública.

Vinimos de muchos lugares: barriadas negras, zonas jamaiquinas y puertorriqueñas, centro de la ciudad, campos universitarios. Mujeres de color, blancas, jóvenes, viejas, madres con sus hijas, lisiadas en sillas de ruedas. Asiáticas, latinoamericanas, judías, irlandesas. Feministas, militantes de izquierda, lesbianas, marginadas, estudiantes, turistas.

“¡No se droguen! ¡No beban! ¡No hagan desorden!”, suplicó el altavoz antes de la salida. Nuestra sección debía atravesar el corazón bostoniano, los barrios ingleses, los pasajes europeizados y comercios elegantes, hasta desembocar en un parque famoso por su peligrosidad, donde todas nos reuniríamos en un mítin político-musical.

Nos observaban, como es costumbre en cualquier acto reivindicatorio femenino, la sorna, el temor o la burla; un taxista gritó: “Métanselo”. Los primeros vivas, aplausos y saludos soltaron la tensión. También de aquellos departamentos, también estas empleadas, también de ese automóvil pedían calles seguras.

Perdí a mis primeras compañeras de fila. Nuevas cabezas rubias, negras, pelirrojas las iban reemplazando. El vaivén de las mantas rezagadas cubría in-

termitentemente a las manifestantes: “¡Alto, a las agresiones sexuales! ¡Seguridad y respeto para las mujeres! ¡Reclamamos la noche! ¡Queremos pasear tranquilas!”

En las pantallas de televisión aparecían mejillas tatuadas con el símbolo feminista, puños airados, palmeos, gritos, chiflidos, risas, carcajadas. Muchos, muchos jeans, faldas de colores hindúes, camisetas deslavadas, rompavientos, shorts, tenis, sandalias, suecos. Cabelleras a la “afro”, tobillos adornados, muslos, hombros descubiertos. Chicas enlazadas, pies bailando: dos pasos adelante, dos para atrás, a un lado, al otro y media vuelta de nuevo: “¡Calles, caaaaaaaaaaaalles seguras! ¡Caaaaaaaaaaalles seguras. . .!”  
¡Caaaaaaaaaaalles. . .”

Solidariamente comenzaron a circular helados, jugos de naranja, coca-colas. Las organizadoras se iban quedando sin voz, las niñas pedían ir en hombros. Casi tres horas de caminata bajo un vientecillo frío; se extinguía el verano.

El parque, ¡por fin! Llegamos triunfalmente entre la gritería y los abrazos de las compañeras que corrieron a recibirnos. Nos instalamos en ese espacio conquistado por unas horas para estar juntas, para oírnos, para hablarnos, para disfrutar una noche SIN MIEDO. Y ahí estábamos, por fin. Unidas. ¿Era cierto? Cierto. Contentas. Fraternalas. Ahí estábamos reclamando, ejerciendo finalmente ese derecho, el de pasear, el de deambular sin sobresaltos por estas calles que a diario atravesamos pero que todavía no nos pertenecían.

Esta vez podíamos —y lo hicimos— sentarnos en el suelo, estirarnos, bromear, cantar, desahogarnos. Cubrimos todo el polvoriento centro del jardín iluminado esta noche como para un partido de baseball. A los lados, puntillosamente dispuesta la venta de comida, refrescos, distintivos y camisetas, periódicos y propaganda feminista y de oposición. En un extremo, los carteles para agruparnos por zonas al finalizar el evento y acompañarnos hasta Lechmere, Jamaica Plain, Cambridge, The Bronx. . .

Cineastas y fotógrafas, de un lado a otro, buscaban entre los niños durmiendo, entre los corrillos, entre las parejas entregadas al cariño, los sueños, las charlas, los gestos, las sonrisas de una reunión de mujeres.

“¡Silencio, silencio!” Obedecimos al primer ronquido del micrófono; comenzaba el mítin con un breve discurso en inglés sobre el objetivo de la marcha. En seguida escuchamos a las minorías: la voz china —que el estereotipo ha decidido dulce, suave— sonó dura, tajante, enérgica; denunciaba —dijo la traductora— los constantes ataques, el racismo contra las habitantes de Chinatown. La frase bailadora, melódica del portugués arrojaba indignación: hacía poco habían violado a una adolescente de la colonia portuguesa y el bebé estaba por nacer.

Y que llega el vozarrón de la puertorriqueña con toda su furia y resentimiento contra el colonizador: “¿Qué pasaría —dijo al mismo tiempo con una habla cantadita y palabras cortadas— si too ese potencial de luuuuuuuuuucha femenino aquí reunió y el de too el paí y el de toa AMERICA LATINA se decidiera a acabar con ese enemigo que toa conocemo?”

Aplausos frenéticos de las “hispana”. “A ver las hispana, aquí toa junta,

que vean cuánta como”, gritó bajo el estruendo de maracas y tamborilazos; la porra puertorriqueña, una orquesta tropical femenina, como imán gigantesco jalaba y jalaba “hispana”.

Regañó a las gringas, con odio casi; les dijo en inglés que debían “reflexionar sobre su complicidad con uno de los gobiernos más opresivos de la tierra y aliado de regímenes totalitarios donde se está pisoteando la dignidad de millones de mujeres”. Les reclamó su actitud de esta tarde: “nuevamente hubo discriminación contra nosotras las latinas. Por eso no quiere venir la colonia a este tipo de manifestaciones”, concluyó.

Durante todo ese tiempo hubo traducción simultánea para las sordomudas— ¡Siempre tan organizados los Estados Unidos! Extraño espectáculo, éste, de señas y arenga silenciosa: la intérprete se contorsiona, estira el brazo, lo recoge, doblas las manos, junta los dedos, les da tres vueltas, los lleva a la boca, mueve la cabeza, se tapa el ojo. Casi aprendimos la mímica de “mujeres”, “agresión”, “sexismo”, “compañeras”.

Después los cuerpos en mallas rosas de un grupo feminista de teatro-danza revivieron un cuadro familiar: el proceso sumisión/rechazo ante la femineidad impuesta. “No, no voy a ser dulce, ni bella, ni tierna, ni graciosa, ni resignada, ni boba. Esa es mi voz, éste mi rostro. No voy a decir nunca más SI a todo lo que digas.” Gestos y palabras tan conocidos, pero hoy en excelente representación, identificados dolorosamente, redescubiertos, desenterrados, hallados en cada rictus, en cada inflexión de las comediantes, nuestras hermanas.

De regreso a casa nos llevamos jirones de la fiesta: miradas, un mohín, rostros, palabras, presencias y el zumbido uniforme, destemplado, como susurro, como grito, como plegaria, como desafío de:

“¿Qué queremos?  
¡Calles seguras!  
¿Cuándo las queremos?  
¡Ahora!”

